



El balcón de la plaza

Ya está, ya no tiene remedio: el penúltimo vestigio de nuestro pasado ha sido derruido para en su lugar levantar todavía no sabemos qué. Humilde en su fábrica frente a la exuberancia de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, se había mantenido durante siglos desafiando la gravedad, el tiempo y el anhelo de modernidad mal entendida del hombre; ya da lo mimo, pues el último resto verdaderamente típico de la Plaza de la Constitución ha pasado a esa parte de la historia de Manzanares ocupada por los recuerdos de lo perdido para siempre: el antiguo Gran Teatro, la Posada del Río, la fachada de la Casa de la Tercia y, ahora, el balcón de la plaza. Ha sido un paso más y cada vez quedan menos por dar.

Desgraciadamente no podemos volver atrás, pero sí plantear ideas que solucionen el fenómeno de abandono y demolición de nuestro patrimonio.

No hace falta señalar que, salvo las excepciones de todos conocidas, en Manzanares no ha habido edificios singulares y, tal vez por esa carencia, no se ha apreciado el valor de lo existente, causa directa de su desaparición. De este modo se han perdido innumerables fachadas de casas manchegas, casas de labor, portadas para carruajes, etc. y lo que se ha conservado debe la gracia a su singularidad, a veces ni por ello. La solución a este fenómeno, más o menos comprensible, no pasa, desde luego, por la expropiación por parte de la administración en cualquiera de sus escalas (local, provincial, regional o nacional), pues no habría dinero suficien-

te para hacerse cargo de todo; pero si tendrían que ser las primeras en actuar: incoar edificios, señalar qué no puede ser derribado ni transformado, subvencionar parte del arreglo de lo que se quiere conservar en caso de amenaza de ruina y, sólo en caso de singularidad arquitectónica (por ejemplo el Casino o la Fábrica de Harinas), efectuar la expropiación y transformación en edificio público dedicado a lo que se quiera: oficinas, biblioteca, sala de exposiciones, residencia de ancianos... Aquí cabrían todas las ideas y opiniones que se quieran aportar, salvo, como es lógico, la drástica de la destrucción.

No valen las lamentaciones: en la plaza ya no hay resto alguno de la arquitectura popular y del balcón tan sólo nos quedan fotografías, la recreación que hizo alrededor de 1.830 el pintor francés Dauzats y la memoria; ahora lo más importante es lograr que el siguiente edificio condenado (¿el Casino?) no caiga, que la siguiente fachada típica manchega (cada vez más difícil de encontrar y percibir) no se pierda y que lo poco que nos va quedando de nuestra Historia podamos dejarlo a generaciones venideras.

Sólo nos resta trabajar para evitar lo que queda de este proceso irreversible: conocer y cuidar el cada vez más escaso patrimonio y aprendernos esta lección que tanto nos cuesta, siempre la misma aunque con distintos protagonistas. La historia de Manzanares la hacemos sus habitantes y nos debe servir como ejemplo para el futuro.



Gregorio Villegas Tébar